

LA FAMILIA

PERIÓDICO QUINCENAL ILUSTRADO, DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES, MODAS Y CONOCIMIENTOS ÚTILES

PUBLICADO BAJO LA DIRECCIÓN DE LA SEÑORA CELESTE J. DE CRUZ-COKE

AÑO I

SANTIAGO DE CHILE, 1.º DE OCTUBRE DE 1890

NÚM. 4



TEATRO IMPERIAL DE VIENA

SUMARIO.—NUESTROS GRABADOS.—CARTA PARISIENSE, por *Ambrosina C.*—VIAJE AL REDEDOR DEL MUNDO, por *Circunnavegador.*—HISTORIA NATURAL: LA HORMIGA HONGO, por *Pulbert Dumonteil.*—CARTAS JAPONESAS (carta cuarta), por *El Conde Teh.*—LUCRECIA, por *De Bertall.*—FOLLETÍN: EL NOVIO DE ELENA (conclusión), por *Juana Lind.*—MANUAL DE LA DUEÑA DE CASA (continuación), por *Emmeline Raymond.*—ECONOMÍA DOMÉSTICA.—VARIEDADES.—CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN.—MÚSICA.—BUZÓN DE «LA FAMILIA».—AVISOS.

NUESTROS GRABADOS

EL TEATRO IMPERIAL DE VIENA

Consecuentes con nuestro propósito de ir dando á conocer á nuestros lectores los monumentos artísticos ó históricos más notables del mundo, les ofrecemos hoy un bonito grabado que representa el Teatro de la Ópera, de Viena.

Este edificio, en el cual se han consultado todos los adelantos y perfeccionamientos modernos, posee un almacén de elementos y útiles que le permiten poner en escena con incom-

parable esplendidez las producciones lírico-dramáticas más complicadas y aparatosas.

CARLOS GOUNOD

Damos asimismo un retrato de este famoso maestro, cuyas variadas composiciones han podido aplaudir más de una vez nuestros abonados.

MARGUERITA

Debemos nuevamente al entusiasmo de nuestro corresponsal en Nueva York, la lucida pieza para piano y violín que en otra página publicamos bajo el título que encabeza este suelto. Ojalá el trozo musical que hoy brindamos á nuestros favorecedores tropiece con igual suerte que el anterior.

CARTA PARISIENSE

Agosto, mes de la beneficencia.—El ejercicio privado de la caridad.—Mucho ruido y pocas nueces.—La familia Hayem.—Un desengaño.—La institución de la Bola de Nie-

ve.—Revista de modas.—El calzado amarillo.—Abrigos nuevos.—Un sombrero para cada traje.—Cadena compuesta.

París, 16 de agosto de 1890.

SEÑORA DIRECTORA DE «LA FAMILIA»

Querida amiga:

El mes de agosto es aquí el mes de la caridad, de la beneficencia y de las buenas obras, y puedo afirmarte que en este período del año no hay tregua ni reposo para las señoras de la alta sociedad. Se engaña el público de los no iniciados, cuando se imagina que las damas opulentas de París pasan su tiempo muellemente tendidas en lujoso diván, leyendo la última novela de Bourget ó de Duruy; error gravísimo, querida mía, error que conviene desvanecer cuanto antes.

La jornada de una señora caritativa, hoy, en los idus de agosto de 1890, no es tan agradable como pudieran presumirlo aquellos que sólo ven la riqueza

hermanada con el placer. El ejercicio de la caridad, en las elevadas esferas sociales, ha llegado á ser una religión novísima, con sus ritos y ceremonias peculiares, sus pontífices, sacerdotes y acólitos; religión ruidosa, aparatosa, aturdidora, cuyos medios son la antítesis de su fin, y que los moralistas puros desearían modificar, pero que los moralistas indulgentes encuentran muy aceptable, atendida la fuerza práctica irresistible de este desgraciado axioma sobre el cual giran todas las conquistas del siglo XIX: El fin justifica los medios.

Te confesaré desde ya, que los resultados que se obtienen con el boato de la beneficencia moderna no se hallan á la altura de los sacrificios hechos. Y como mi afirmación puede parecerse antagónica á los decires de la prensa local, que revela diariamente las cifras fabulosas que caen en la alcancía de los pobres, bueno es que te dé razones sacadas de mi cotidiana experiencia.

En los días que van corridos del presente mes, he presenciado no menos de

HISTORIA NATURAL

LA HORMIGA-HONGO

En las vastas llanuras del continente africano, el viajero atónito divisa de repente un mundo de extrañas colmenas, de elegante forma y fábrica prolija. Las hay por centenares; las hay por miles. Esa ciudad de nuevo género, uniforme y sin fin, comienza á vuestros pies y se pierde en el lejano horizonte. En población tan vasta como curiosa, un solo monumento existe: la colmena, tipo único de casa, que se repite indefinidamente.

En presencia de esas singulares construcciones, de dos ó tres pies de altura (las hay hasta de cinco y seis) cualquiera se creería en medio de una nación de enanos.

Mas nó; los hombres no edifican con ese arte exquisito. Los arquitectos de esas habitaciones estupendas son las hormigas blancas de Africa. Ahí reina la más sabia, la más industriosa, la más próspera, la más activa, la más patriótica de las repúblicas.

Detengámonos aquí. De lejos, esos millares de colmenas, con sus techos siempre iguales, redondos, inclinados, ofrecen al aspecto de hongos gigantes; de esta rara semejanza nace la pintoresca denominación con que la hormiga de Africa se distingue.

De cerca las chozas constituyen un universo.

Si se vuelca uno de esos maravillosos edificios, sorprende su sistemática y ordenada distribución.

Aquí, los huevos en punto de empollar; ahí, las pequeñas hormigas puestas bajo la inmediata vigilancia de venerables ancianos, encargados de su educación; más allá, los inválidos; en otro punto, los jóvenes; hay un hospital para los enfermos, un panteón para los muertos; por donde quiera, familias pacíficas y laboriosas, obreros infatigables, ciudadanos enteramente consagrados á la cosa pública.

Observar una colmena equivale á conocerlas todas: por todas partes el mismo sistema portentoso de celdas y galerías, de fortalezas y astilleros, de tejados y subterráneos; de puertas, patios, salas, graneros y despensas; por todas partes el mismo indestructible cimientó que no se rompe sino á fuerza de hachazos.

Extraordinaria concordia: todos los habitantes de la colmena no son, en absoluto, de la misma especie, pero todos viven en paz y trabajan para el edificio común, cual si cada operario tuviese el mismo plan que su compañero, en su diminuta cabecita...

Es la Torre de Babel al revés: nadie habla, y todos se entienden. La construcción se concluye sin trabas ni retoques, sin huelgas ni descanso, proporcionada y armónica, como si fuese la obra de un solo brazo y de un solo cerebro.

Las hormigas hongos se dividen en tres clases distintas: las hormigas trabajadoras, las hormigas guerreras y las hormigas jefes.

Estas últimas, de tamaño mayor que las demás, no salen de sus celdas (iba á decir de su oficina) sino para inspeccionar las obras en vía de ejecución.

Maravilla verlas ir y venir gravemente, como verdaderos ingenieros, detenerse, examinar, combinar, meditar, calcular, juzgar los trabajos.

Las hormigas guerreras no son las más activas; en realidad, nunca ponen mano á la obra. Su papel consiste en estar de centinela, y proteger á las hormigas que trabajan. Inmóviles, siempre alertas, están ahí bajo las armas, en previsión del peligro. Sus terribles tenazas no son hechas para el trabajo, sino para el combate; no son herramientas, son instrumentos de muerte.

La clase más interesante es la de las hormigas trabajadoras. Cada una de ellas tiene deslindado su oficio: éstas acarrear los materiales, granos de are-

na, piedrecillas, trocitos de madera ó paja; aquéllas hacen el cimientó ó mezcla, y es curioso verlas llegar una por una y expulsar de su cuerpo un líquido viscoso, verdadero mástic que combinan con el material de construcción.

Las demás hormigas trabajadoras edifican sin tregua, bajo la mirada pericial de los jefes.

Las hormigas blancas sólo trabajan de noche. Durante el día, todo descansa y calla; los agujeros están tapados, el campo de labor está desierto.

Esas delicadas colmenas son construídas con asombrosa rapidez y precisión; pero la fábrica es tan sólida, que si la colonia aumenta, se levanta encima un nuevo piso. Hay colmenas que se componen de cinco ó seis pisos. Con sus techos sobrepuestos, parecen pagodas en miniatura.

Cuando la colmena ya no sirve, las hormigas la abandonan, y se van á otra parte á construir una nueva habitación. Los jefes, los operarios, los soldados caminan debajo de tierra, sin boato ni ruido, hasta que llegan á un lugar propicio para la fundación nueva.

En el centro marchan los guerreros, á las órdenes de los capitanes, protegiendo á los operarios, como más tarde protegerán las fronteras de la República.

Tal es la hormiga blanca de África, la sorprendente hormiga hongo, con su ciudad modelo y su gobierno admirable.

República ejemplar, donde se obra en vez de discutir, donde se toman las armas sólo para defender el territorio y amparar el trabajo; República sublime, donde el egoísmo y la ambición son desconocidos, donde la industria es un honor, el progreso una ley, la concordia una costumbre, el trabajo una obligación, la igualdad un hecho, la fraternidad un principio, el respeto de los enfermos y los ancianos una religión, la educación de la juventud una necesidad del corazón, y una alta consideración de Estado!

FULBERT-DUMONTEIL

CARTAS JAPONESAS

CARTA CUARTA

Querido Gran Cordón (1), y marqué hermano mío.

La mala viene con grande atraso: no tengo carta tuya que contestar. Yo también ando atrasado en mi correspondencia, y para salir de apuros, permítame echar mano de lo primero que encuentre en mi voluminosa cartera de apuntes.

Conoces ya algunos incidentes de mi visita á don Agapito Postemilla, ese acaudalado negociante que tan amable se mostró conmigo, y tan escéptico para con la sociedad en general. Hoy he de narrarte la que hice á una ilustre matrona, viuda de un gran dignatario de esta corte, y dueña de tres hermosas hijas, novia la menor, de un alférez de infantería fabulosamente rico. Las dos mayores doblaron ya el temible cabo de las veinticinco primaveras, que, en nuestro amado y venerado Japón, es el cabo de la postrera esperanza. Pero aquí, aun á edad tan avanzada, las esperanzas no se pierden, y sé de tal señora, que acaba de entrar en el gremio de Himeneo, cuyos veranos pasan de treinta y pico. Desde estas playas, veo el gesto que me haces, querido Tché, y siento que tus labios murmuran: ¡Jesús, qué vieja! (2) Doña Crisófora Respingo, viuda de Molles (te hablo de la ilustre dama que me invitó) frisa ya en los cincuenta y tres inviernos, y se conserva relativamente joven. Por su edad, la clasificaríamos en el Japón entre las in-

(1) Se recordará que el marqués Tché es Gran Cordón de la Orden del Mono Verde. En el Japón es corriente designar á las personas por alguno ó todos sus títulos honoríficos y nobiliarios.

(2) Traducción libre de *Ok-har-li-tchfoun*.

válidas absolutas; pero su aspecto la haría acreedora á figurar todavía en las filas de la guardia sentada (1).

En casa de doña Crisófora Respingo se da cita la flor y nata de la aristocracia chilena. Es una mansión suntuosa, de menos valor tal vez, pero de mejor gusto que la de don Agapito Postemilla. Ahí conocí á muchas familias respetables, que me fueron sucesivamente presentadas. Todas esas personas se mostraron muy afectuosas y amables, interrogándome acerca de los usos de nuestra querida patria y oyendo con aparente interés los pormenores que yo les daba.

Empezaba yo á adquirir una alta idea de la discreción de esas señoras, de su talento para escuchar, de su exquisita benevolencia, cuando, por una interrupción que hubé de hacer en mi relato, cambió la conversación de rumbo, y de las usanzas japonesas caímos en los *idola tribu* de la nación chilena. Se estableció entonces una comparación desagradable entre ambos países, y te aseguro que me fué precisa toda mi diplomacia para no perder los estribos de hombre educado.

Como observara yo á una linda muchacha, respondiendo á su pregunta, que las niñas en el Japón se casaban con una dote proporcionada á la hacienda de su marido futuro, se acercó otra señorita muy fea y muy morena, quien me dijo de un modo displicente:

—Nosotras no necesitamos dote; tenemos nuestras caras.

Después de varios diálogos agrídulces, en que estubo á pique de escollar mi paciencia, conseguí trabar conversación con la dueña de casa, y á fe que me felicité de ello, por cuanto dicha señora es la amabilidad y la cortesía personificadas, sin que esto importe que no pague también tributo á ciertas costumbres, para mí extrañas, de su interesante país.

Entre otras materias de charla, se extendió profusamente sobre el papel que en una casa chilena desempeñan los sirvientes domésticos.

Me habló de los intrusos que eran; de cuánto ignoraban la probidad y la honradez; de su ingratitud, malicia, y especialmente de su desmedido orgullo é incorregible soberbia.

Atribuía la degeneración de la casta de los criados, á la, según ella, exagerada difusión de la enseñanza. Procuré disuadirla de tan peregrina presunción, pero mis tímidos esfuerzos no dieron fruto.

—Vea usted, señor conde, me decía doña Crisófora, cuando nadie, salvo unos pocos letrados, sabían leer y escribir, teníamos sirvientes abnegados, sumisos, probos. Se eternizaban en las casas y llegaban á ser parte integrante de las familias. Desde que el Gobierno permite que mi cochero pueda ser abogado, y mi cocinera institutriz, no se encuentran buenos servidores. Y aun así, hay que rogarlos. Imagínese usted que el otro día se presentó aquí una criada con excelentes informes. Le advertí que la tomaría por sus buenos antecedentes, y la invité á entrar inmediatamente á desempeñar su oficio. ¡Cuál no sería mi indignación al oírle decir con desenfado: «No puedo entrar todavía; es preciso que tome informes acerca de esta casa, para ver si me conviene!» ¡Y esa criada leía los periódicos!

Mucho me hizo reír esta anécdota, y mucho me interesó, pues encerraba una lección de filosofía que me apresuré á indicar á mi digna interlocutora.

—Ahí tiene usted, le dije, los beneficios de la instrucción que usted tanto denigra. Ella ha dado á esa mujer un valor que antes no tenía, que hasta ignoraba: el valor individual, es decir, la conciencia de que no es un medio, sino un fin perfecto y respetable.

—Usted se burla, querido conde. Muy perfecto, de veras, y muy respetable es un ente que le robaría á usted el alma, si pudiera; que se queja de todo: de lo que hace y de lo que no hace, de

lo que come y de lo que no come; un ente socarrón é hipócrita, altanero y trivial, de todos modos incomprensible, intangible, imposible, por cuanto parece poseer todas las virtudes, y posee, en realidad, todos los vicios contrarios.

—Cierto que los servidores domésticos no son, por lo común, dechados de buenas prendas; pero, señora mía, ¿no piensa usted un poco, en este asunto, como Figaro, y no cree usted que con las virtudes que se exigen á los sirvientes habría muy pocos amos dignos de ser lacayos?

—¡Ah, conde! usted también es un apóstol de la igualdad, un utopista, un iluso; se conoce que ha leído mucho á los revolucionarios franceses. Así son ustedes todos, en teoría; pero cuando se les sirve frío el desayuno, ó no se les limpian á tiempo los zapatos, se ponen furiosos, dicen palabras muy pesadas y hacen gestos violentos; adiós igualdad, humanidad, fraternidad y demás sandeces socialistas.

Te declaro que la réplica de la señora Respingo me dejó un tanto perplejo. Tienen las mujeres un modo de raciocinar que lo acorrala á uno en un círculo sin salida. Felizmente, se acercó en ese momento un caballero joven, muy político y ceremonioso, á quien doña Crisófora cedió su sitio en el sofá, retirándose, después de haberme recomendado á ese amigo suyo.

A los pocos instantes de charla, sabía yo la vida y milagros, no sólo de mi interlocutor, sino de una buena parte de los concurrentes á la tertulia. Es una preocupación constante en los pueblos occidentales, según he podido notar, esto de hablar siempre de sí mismo y de revelar al primero que pasa los más íntimos pormenores de la existencia propia y de la ajena.

Mi compañero de sofá se llamaba don Sesostris Buenamuerte, y entiendo que es un personaje principal. Muy fino, educado y observador, por él supe curiosas circunstancias de la sociabilidad chilena, que iré dándole á conocer á su tiempo.

Quiero hablarte ahora de una muy singular, tanto más cuanto que es opuesta diametralmente á nuestros hábitos del Japón. Me refiero á la costumbre de contraer deudas, cosa muy mal vista entre nosotros, y á su corolario, la de no pagarlas, que, bien sabes, no se ve jamás en nuestro país.

Pero doy la palabra á don Sesostris, que habla con más autoridad que yo en esta materia.

—¿Ve usted á ese jovencito grueso y no mal parecido, de levita negra y pantalones plomo, que habla con aquel sujeto flaco, de largos cabellos rubios?

—Ya estoy, señor don Sesostris.

—Pues bien, esos dos tipos van á su ministrarle á usted la clave de algunos de nuestros misterios. El jovencito es muy mi amigo, á pesar de que me ha pedido en diversas ocasiones dinero prestado, que nunca me ha devuelto.

Y como yo hiciese un ademán de sorpresa, agregó:

—Pero lo que me debe es un ardite al lado de lo que debe al sastre, al sombrero, al camisero, á todos sus proveedores.

—¡Oh! exclamé, ese señor debe andar ocultándose continuamente de la policía.

—No, señor Tchí, ese señor no sólo no se oculta de la policía, sino que es capaz de mandar preso á quien se atreviera á cobrarle.

—El estado de deuda es entonces una institución tradicional, nacional.

—Lo ha dicho usted, conde. En Chile deber es gozar de la beatitud perfecta, es el *nirvâna* de los hindúes, el olvido de sí mismo, de todas las cargas, todos los contratiempos y disgustos de la vida; es un estado ideal, libre de penas é inquietudes. El deudor es el sér respetable por antonomasia. A un hombre honrado, cualquier pillo lo arrastra á los tribunales, promovándole una causa injusta; al deudor todos lo respetan, todos se humillan ante su sagrada é inviolable

(1) *Kang-tse-ho*.

persona. Así se explica que casi no hay perro ni gato en este país que no deba á cada santo una vela y al Padre Eterno un cirio pascual.

—¿Se refiere usted á los bancos?

—Precisamente. Los chilenos somos, bajo el punto de vista que contemplamos, una verdadera trinidad, compuesta del Estado, los bancos y el pueblo. Son tres formas ó aspectos de una misma entidad, pues el Fisco es sólo la gran caja de fondos del pueblo, y los bancos son sus cobradores rentados.

—Bien rentados.

—Demasiado bien.

—De suerte que si mañana se hiciese una liquidación de la situación económica general, pública y privada...

—Resultaría que nadie debe un centavo á nadie.

—¡Admirable combinación!

—Tal vez de conocer al dedillo esta probable resultante, saca el deudor la beatífica tranquilidad de conciencia que de continuo le acompaña.

—Se había referido usted también al joven rubio y flaco.

—¡Ah! ese es uno de los rarísimos acreedores que en Chile no son á la vez deudores. Aun cuando no lo conociera usted, su levita prehistórica, reluciente y rapada, su larga cabellera, su escuálida persona, le indicarían suficientemente su estado. Es profesor de música. Rara es la casa donde no le deban meses atrasados. Y hasta en algunas le hacen jugadas censurables. Por ejemplo, hay familias que no le pagan su honorario al mes cumplido sino cuatro ó cinco días después. Repitiendo la treta á cada vencimiento, logran perjudicar al profesor en dos ó tres meses de lecciones al año, y como el pobre diablo es tan buen artista como mal matemático, sólo llega á advertir la incorrección cuando se le dice con melifluido acento: "No necesitamos ya de sus servicios."

Quiero dejarte, querido Tché, bajo la impresión de este cuadro de costumbres, y pongo aquí término á mi majadera charla.

Con finos recuerdos y afables caricias á los tuyos, se despide tu afectísimo.

CONDE TCHÉ

LUCRECIA

—Te contaré su historia, me dijo Armando, después que le hube preguntado con insistencia y por la segunda vez, quién era la hermosa niña á quien acababa de saludar.

En misa, en las carreras, en la Alameda, esa mujer me había llamado siempre la atención por su belleza y su gracia. Nunca había conseguido saber su nombre, y en esos momentos saboreaba con delicia la expectativa de salir pronto de mi curiosidad.

Dimos dos vueltas más en el Pasaje, que esa noche parecía reflejar en los espejos de sus columnas el donaire de todas las niñas bonitas de Santiago, y nos encaminamos adonde Hinternhoff. Allí, en una mesita retirada del bullicio, nos trajeron dos enormes vasos de cerveza cristalina, de la cual bebimos un sorbo...

—Hombre, empezó Armando con trabajo, no quisiera acordarme del pasado; y, sin embargo, la tristeza que me procuran estos recuerdos es tan dulce, tan llena de encantos, que no querría vivir sino para ellos. Cuando veo á Lucrecia rodeada de sus hermosos niños y la saludo con la frialdad que impone el buen tono, me retiro á mi casa con el alma inundada de lágrimas, como si esos niños fuesen míos y me los hubiese arrebatado un genio del mal. Y solo, dentro de las paredes de mi pieza, en medio de ideas, proyectos y divagaciones, pierdo momentáneamente la razón. Me imagino estar sujeto á un muro horroroso y húmedo, por invisibles cadenas... ¡Esos niños vienen á ver á su padre, y se alejan sin saludarlo con un beso, porque encuentran en su lugar un presidario!...

Mi amigo se entristecía visiblemente. Yo le escuchaba con interés, descansando la cabeza en el brazo derecho, que mantenía con el codo apoyado en la mesa, junto á mi vaso. Bebimos un segundo sorbo, y continuó con un suspiro:

—¡Ah! querido De Bertall, yo debí casarme con esa mujer. La suerte la puso un día en mi camino y me dió al mismo tiempo la suficiente indiferencia para dejármela arrebatar.

Hace cinco años, el intendente de X... me había invitado á pasar los días del Dieciocho á su casa de campo en V..., en donde siempre que se trata de cualquier fiesta, se reúnen en torno de la exquisita amabilidad de los dueños de casa, numerosas familias, que convierten por algunos días aquel lugar, hermoso de por sí, en un galano paraíso.

Esa vez, cuando me bajaba del coche en el patio de la quinta del Intendente, un enjambre de niñas y jóvenes cantaban los himnos nacionales al rededor del piano, que había sido sacado al corredor, y con acompañamiento de flautas y violines, que tocaban algunos aficionados. Eran las nueve de la mañana del día dieciocho, y la alegre comparsa saludaba con entusiasmo el sol del día de la Patria.

Las voces argentinas de las niñas, que llenaban el espacio abierto, como bandadas de canoras avejillas; la frescura del ambiente matinal; los acordes entusiastas del himno patriótico; la alegría apacible que se pintaba en todos los semblantes; los rayos vivaces del sol que parecían abrasar alá adentro, en la huerta, las flores rosadas de los duraznos, recién engalados por la primavera; todo parecía convidar al goce y al placer.

Entre las niñas á quienes no conocía y que me fueron presentadas ese día, se contaba Lucrecia. La casualidad, ó mejor dicho la fatalidad, hizo que le diera el brazo en un paseo á la laguna del molino que se verificó pocos momentos después. Yo estaba contento, era feliz; ninguna idea seria me importunaba. Dejé vagar mi imaginación por los senderos de la fantasía. Dije mil galanterías á mi compañera de paseo, que me miraba á veces entre recelosa y contenta. Me contó que sólo hacía dos meses que había salido del Convento de las Monjas Francesas, y que, obligada á guardar el luto de su padre, no había tenido ocasión de presentarse en sociedad. Había aceptado ese paseo al campo á instancias de su mamá, que se empeñaba en distraerla. Yo miraba entonces su traje de medio luto y su semblante velado por vaga melancolía, y me parecía divino. Redoblé mis atenciones, y sin saber casi lo que decía, siguiendo la inveterada costumbre, le dije por la centésima vez y con más ardor que antes, que era la niña más bonita que habían visto mis ojos, que era digna de adoración y que sin duda Dios advirtió un día que en la tierra había tristezas y quiso enviarla á ella para volverlas en alegrías con los destellos de su hermosura; y agregué estas palabras:

—Si me fuera dado aspirar á poseer una persona que reune tan hermosas prendas como usted, sería... ¡oh! sería el más feliz de los mortales.

Como te lo decía hace un momento, ante el espectáculo risueño de esa mañana primaveral, sentía el alma llena de ignotas armonías, pero no pensaba en nada serio, no pensaba en el matrimonio cuando vertía estas expresiones, que estaba habituado á decirlas á todas las niñas con quienes había dado una vuelta de vals. Habituado también á recibir de cada una de ellas, por sacramental contestación una risa loca, me llenó de sobresalto el aire tranquilo, lleno de ternura y de candor con que me contestó Lucrecia:

—Tiene usted mucha razón, señor, seríamos muy felices si nos casáramos.

Despertado á la vida real, la miré á los ojos para adivinar si no se burlaba de mí, y á través de esos cristales tan

límpidos, tan azules y tan lindos, no hallé sino una mirada cariñosa, tranquila y llena de veracidad. Juzgué que una palabra de són desapacible la habría muerto, y repliqué vivamente, haciendo más insinuante mi acento:

—De usted solamente depende, Lucrecia, que se realice tamaña dicha. Prométame su corazón: aquí tiene mi mano.

Ella estrechó mi brazo contra su corazón con un estremecimiento de paloma amorosa, y me dijo:

—Sé que mi mamá no desea sino que yo sea feliz; tiene muy buenos informes de usted; lo dijo cuando supo que usted venía; lo estima á usted mucho. Y aunque tengo la seguridad de que accederá á nuestros deseos, permítame comunicarle la proposición que usted me hace.

Me pareció en ese instante que había hecho una gran calaverada, y me resolví inmediatamente á afrontar sus consecuencias antes que retirar una sola de mis expresiones. Faltaban pocos metros para llegar á las casas, de vuelta de nuestro paseo, y los recorrimos en silencio.

En el almuerzo conseguí sentarme al lado de su mamá, una señora amable y hermosa, en sus cuarenta años. Después de algunas frases de cortesía, cuando la conversación se hizo animada y general, nos explicamos con ella. Supe que Lucrecia le había contado íntegramente nuestra conversación, y pude comprender con cierto disgusto que no se oponía al matrimonio. ¡En fin! me dije, y haciendo nuevamente la resolución, empecé á apurar una tras otra las copas de Champagne, como para olvidar y ponerme á la altura del entusiasmo que dominaba á todos los asistentes.

En la tarde se bailó; después de la comida salimos á pasear por los campos de cebada; volvimos á la casa, y la tertulia empezó de nuevo; concluyó ésta como á las diez, con un entretenidísimo juego de prendas, y después de tomar el té, que era una opípara cena, las señoras se retiraron á descansar, á pesar de las protestas de los jóvenes que deseaban continuar bailando.

Yo me sentía sumamente acalorado, é invité á Carlos, que, como tú sabes, es el amigo de más confianza que he tenido, á que fuéramos á tomar un poco de aire al jardín. A la luz de la luna, que estaba en todo su esplendor esa noche, nos sentamos en un banco medio oculto por unos rosales. Creyendo estar al abrigo de oídos indiscretos, conté á Carlos que había resuelto casarme con Lucrecia. El se rió mucho de mi confianza y á fuerza de tanto reír casi se ahogó con una bocanada de humo que se entretenía en lanzar perezosamente al espacio.

Mas, en pocas palabras lo puse al corriente de lo ocurrido en el día, suplicándole que me creyera, porque hablaba formalmente; que aunque no tenía amor por esa niña, no me atrevería á destruir su felicidad declarándole la verdad, y prefería sacrificarle.

Al llegar á este punto de su relación, Armando chocó su vaso con el mío, arañándolo sobre el hule de la mesa.

—¡Salud! me dijo, y lo apuré de un sorbo.

Yo le acompañé, llamé á José para pedirle más cerveza, y acepté un cigarrillo que me ofrecía mi amigo.

—Puedes imaginarte, De Bertall, continuó diciendo éste, cuál sería mi sorpresa cuando al día siguiente Lucrecia me llama aparte en la primera ocasión que se presentó, y me dijo que había oído desde las ventanas de su pieza toda mi conversación con Carlos. Me rogaba no hablara una palabra más del asunto y olvidara lo que había pasado entre ambos, como si hubiese sido un mal sueño.

—Conozco la grandeza de su alma y su noble proceder, agregé; pero no aceptaré jamás que usted sacrifique su reposo á una equivocación que no tiene más causa que mi inexperiencia. Nos iremos en tren de diez, y usted me prometerá no tratar de volver á verme.

No me dió tiempo de contestarle, ni sabía qué decirle. Murmuraba algunas palabras de excusa cuando ella se alejó rápidamente.

Partieron, en efecto, para mi desgracia, porque desde ese momento amé á Lucrecia con un amor que rayó en frenesí cuando me convencí que no sería jamás mi mujer. No podría detallarte los mil resortes que tenté para acercarme á ella en Santiago. Visité todas las casas con quienes ella mantenía relaciones, acudí á todos los bailes á que ella debía ir, sin obtener jamás la venia para decirle una palabra de lo que sufría á causa de su amor.

Un año después, se casaba con el que es hoy su marido, Alberto Z...; y yo loco, desesperado, muriéndome de dolor, tuve el triste coraje de asistir á la capilla de los Padres Franceses de frac y corbata blanca, con la cara llena de risa, para no ser objeto del ridículo. Había ido allá con el propósito de estorbar la boda, y apenas oí la marcha de la *Dame Blanche*, que acompañaba los pasos de la comitiva nupcial hacia el presbiterio, creí desfallecer, la vista se me nubló, los violines y el harmonium me aserraban el pecho... Huí de la iglesita llorando como un niño!

Al decir esto, Armando sollozaba, y con el segundo vaso de cerveza bebió muchas lágrimas que se excurrieron silenciosamente de sus ojos...

DE BERTALL

Santiago, septiembre de 1890.

FOLLETÍN

EL NOVIO DE ELENA

POR

Juana Lind

(Conclusión)

—Es una criatura preciosa.

—Y cándida y buena.

—Serás muy feliz, Pepe, porque tienes todas las dotes que á ese fin conducen. Más feliz que tu pobre padre, cuyo corazón de oro no bastó á reparar los yerros de su cabeza liviana. Sin embargo, yo también conocí días de bonanza y de ventura. Era joven, entiendo que á la vez bonita; tu padre me quería como á sus ojos. Nos habríamos casado á la luz del sol, en medio de fiestas y regocijos, á no haberse opuesto á ello una antigua rivalidad de familias. El general Meléndez, tu abuelo, era acérrimo enemigo de mi padre, el general Pradilla. Parece que, en sus mocedades, tuvieron querellas y duelos motivados por antagonismos de partido, y, al través de cuarenta años, la enemistad que los dividía se había mantenido firme é inquebrantable. Había yo abandonado la esperanza de verme unida á mi querido Antonio, cuando un día recibí de él una carta puesta en términos vehementes y afectuosos, con la cual me comunicaba su resolución de abandonar la casa paterna y sus derechos de herencia, para acercarse á mí. La pena que me produjo este sacrificio de Antonio, no fué bastante á sofocar la alegría inmensa que la lectura de su carta me causó. Yo sabía que mi madre favorecía nuestros deseos, así es que no tuve empacho en leerle la carta, y ambas convinimos en hacer las cosas con la mayor corrección y prudencia, sin provocar las censuras de la opinión. Te aseguro, Pepe, que ese instante fué el más dichoso de mi vida. El matrimonio se verificó al poco tiempo... Ya te he narrado lo que aconteció después.

Meléndez bebía con avidez las palabras de su madre y contemplaba admirado la súbita transformación de una pobre vieja, de condición humilde y servil, en la mujer altiva y de raza que en otro tiempo fué.